

La muerte de Eva Perón y las manifestaciones colectivas de duelo en Tucumán. 1952.

Santos Lepera Lucía.

Cita:

Santos Lepera Lucía (2011). *La muerte de Eva Perón y las manifestaciones colectivas de duelo en Tucumán. 1952. XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-071/385>

Número de la mesa: 64

Título de la mesa: Asociaciones, prácticas sociales, políticas e identidades desde fines de siglo XIX al peronismo

Apellido y nombre de las/os coordinadores/as: Bravo María Celia - Fernández Sandra - Pita Valeria

Apellido y nombre del/a autor/a: Santos Lepera Lucía

Pertenencia institucional: ISES (UNT-Becaria CONICET)

Documento de identidad: 92844450

Correo electrónico: luciasantoslepera@gmail.com

Autorización para publicar: SI

La muerte de Eva Perón y las manifestaciones colectivas de duelo en Tucumán. 1952

“Ningún argentino que en 1952 haya tenido más de ocho años de edad olvidará nunca aquellas lúgubres semanas de julio y agosto. En la memoria colectiva quedan esas interminables jornadas de música solemne, cines y teatros cerrados, llovizna sobre las calles vacías, las vidrieras de los negocios a oscuras, sin transportes colectivos y casi sin automóviles particulares. Y las colas de gente atravesando cuadras y cuadras del centro de Buenos Aires, los diarios con franjas negras orlando su primera página, el nombre de Evita repitiéndose mil veces en la prensa, en las radios, obsesivamente, impregnándolo todo...”¹

La descripción de Félix Luna sobre los días que secundaron la muerte de Eva Perón en la Capital Federal podría aplicarse a cualquier ciudad del interior del país, teniendo en cuenta que la noticia del deceso movilizó a la población a través de distintas manifestaciones de duelo en todo el territorio nacional. Las crónicas periodísticas daban cuenta del clima sombrío que inundó las calles desiertas tras la paralización total de actividades decretada por la CGT, quietud en la que irrumpían los rezos y llantos de mujeres y niños invocando el nombre de Evita.

El suceso producido el 26 de julio de 1952 dio lugar a distintas interpretaciones en la historiografía. En líneas generales, los trabajos sobre el tema centraron el énfasis en los dispositivos puestos en funcionamiento desde el gobierno peronista con el fin de

¹ Luna Félix, *Perón y su tiempo*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1987, pág. 269.

regular el duelo y sacralizar la figura de Eva Perón.² Aunque cobró diferentes características y formulaciones, este aspecto se siguió proyectando en los estudios sobre la Iglesia y el peronismo, que interpretaron la muerte de Eva Perón como un punto de inflexión en la relación entre la institución eclesiástica y el gobierno. En este sentido, se identificó en esa coyuntura el surgimiento de una “nueva religión política” impulsada desde el gobierno y los sindicatos, que buscó reemplazar a la religión católica y desplazar a la Iglesia como institución.³ Desde perspectivas diferentes, otros estudios también destacaron la intencionalidad del peronismo de sacralizar sus manifestaciones y de transformarse en una religión política, lo que llevó a limitar la presencia de la Iglesia en el ámbito público.⁴ Esta concepción contribuía a una noción de “competencia” entre la Iglesia y el Estado, manifestada “a partir de los avances de ciertas formas de religiosidad popular que competían exitosamente con el catolicismo”.⁵ De acuerdo a ese esquema, tal competencia fue fuertemente estimulada en el contexto de la enfermedad y muerte de Eva Perón, que vino a acentuar la incorporación de una simbología religiosa favorecida desde el Estado.⁶

A través del análisis de las manifestaciones de duelo originadas durante los funerales de Eva Perón en el escenario tucumano, el objetivo de este trabajo es revisar la noción de “competencia” entre la Iglesia y el gobierno peronista. En primer lugar, me propongo analizar el rol que ocupó la institución eclesiástica en el programa de homenajes oficiales y, de este modo, dar cuenta de la multiplicación inédita de manifestaciones de fervor religioso visibles en ese contexto. Lejos del retrato de una Iglesia amenazada por los avances del Estado, perpleja y desplazada del espacio

² Felix Luna, *Perón y su tiempo...*, Op. Cit. Ver también Gambini Hugo, *Historia del peronismo. La obsecuencia (1952-1955)*, Planeta, Buenos Aires, 2001. De acuerdo a estos estudios, la iniciativa de convertir a Eva Perón en un personaje mitológico partió desde el gobierno y se evidenció en los discursos de los funcionarios y en la propaganda oficial, donde se acentuaba la apelación a imágenes míticas y alegorías religiosas para referirse a su figura, nombrada sólo unos meses antes con el título de “Jefa Espiritual de la Nación”.

³ Bosca Roberto, *La Iglesia Nacional Peronista: factor religioso y factor político*. Sudamericana, Buenos Aires, 1997. Bosca analizó la forma en que se promovió desde el gobierno un santoral propio y se buscó la canonización laica de Evita, lo que inevitablemente llevaría a un enfrentamiento con la institución eclesiástica.

⁴ Bianchi Susana, “Catolicismo y peronismo: La religión como campo de conflicto. Argentina 1945-1955”, *Boletín Americanista*, Universidad de Barcelona, Año XXXIV, N° 44, 1994, pág. 36.

⁵ Bianchi Susana, “Catolicismo y peronismo...”, Op. Cit., pág. 31.

⁶ Previamente, Oscar Frigerio también había desarrollado la idea de una competencia en el campo de la religión. El autor señalaba la apoteosis mística que se generó alrededor de la muerte de Evita, destacando que fueron las manifestaciones religiosas populares tales como el culto con altares en los hogares -que continuaron invocándola después de muerta- las que llevaron a la Iglesia a restar su apoyo inicial al gobierno, ya que “no podía menos que ver con espanto actitudes a las que caracterizaba de paganas”. *El síndrome de la “Revolución libertadora”: la Iglesia contra el Justicialismo*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1990, Tomo I.

público, me interesa resaltar que las manifestaciones en torno a la muerte de Eva Perón, tanto las realizadas espontáneamente como aquellas fomentadas desde el Estado y el espectro de asociaciones peronistas, vinieron a representar una puesta en escena de la unión entre la Iglesia y el gobierno y de la imbricación entre catolicismo y peronismo.

En segundo lugar, me interesa avanzar en el análisis de las manifestaciones religiosas que rodearon la muerte de Eva Perón. A partir de ello pretendo dar cuenta de la proliferación de una religiosidad popular masiva que, si bien desbordó la iniciativa de la jerarquía eclesiástica, no necesariamente entró en competencia con un catolicismo más ortodoxo, convirtiéndose en fuente de conflictos entre la Iglesia y el Gobierno. A los fines propuestos resulta pertinente recuperar los estudios que pusieron en tela de juicio las definiciones de religión derivadas de un discurso clerical o “civilizado”, recalcando la idea de un catolicismo flexible y socialmente articulado, en el que la “religiosidad local” se encuentra en perpetua tensión con el sistema eclesiástico pero a la vez es parte de su esencia.⁷

Las consideraciones que siguen no pretenden, sin embargo, soslayar las tensiones que atravesaron a la institución eclesiástica y su relación con el gobierno. En efecto, las formas y los lugares donde debía exteriorizarse el duelo generaron algunos entredichos entre la curia eclesiástica y el gobierno y entre los curas párrocos y la población. Considero, no obstante, que estos sucesos aislados no opacaron el predominio de la cooperación institucional entre el poder político y religioso como tampoco impidieron que distintos sectores de la Iglesia -incluida la jerarquía eclesiástica- reivindicaran la muerte de Eva Perón como el origen del resurgimiento de la religiosidad del pueblo y de expresiones de “auténtico fervor católico”. Probablemente, la idea de una Iglesia desplazada y de un catolicismo amenazado en su ortodoxia doctrinal hayan sido construcciones posteriores, tributarias del enfrentamiento de los últimos meses de gobierno peronista, que se proyectaron en las interpretaciones sobre la muerte de Eva Perón con los ojos de quienes conocen el final de esta historia.

Las manifestaciones del duelo oficial, la Cruz de Tierra Santa y el fervor religioso

La noticia de la muerte de Eva Perón movilizó a la población tucumana, cuyas expresiones de dolor se manifestaron de formas muy diversas. Hubo quienes reaccionaron desesperadamente colmando las calles con gritos, llantos, desmayos y rezos. Otros irrumpieron en los templos para orar por el alma de la extinta o erigieron

⁷ William Christian, *La religiosidad local en la España de Felipe II*, Nerea, Madrid, 1991.

altares simbólicos en sus domicilios, congregando a los vecinos para aunar sus rogativas y calmar sus angustias. Concomitantemente, la novedad del deceso llevó a los obreros y militantes peronistas a acudir a las sedes sindicales y las Unidades Básicas a la espera de directivas, mientras que en la capital numerosos grupos de personas humildes “dispuestas a exteriorizar sus sentimientos de congoja” se congregaban frente a la Casa de Gobierno.⁸

Frente al “incontenible fluir de la muchedumbre” que se agolpaba en la sede de la CGT, el interventor de la central obrera, Eduardo Rojas, llamó a “mantener la calma” y a esperar las directivas que delinearían los comportamientos a seguir.⁹ Por su parte, el gobernador de la provincia Luis Cruz dispuso “medidas de emergencia” tales como el cierre de cines y establecimientos de espectáculos, confiterías, etc. y solicitó a las autoridades eclesiásticas que garanticen la apertura de todos los templos de la diócesis “a fin de que el pueblo pueda entregarse a rezar por el alma de Eva Perón”.¹⁰ Estas declaraciones procuraban encauzar el desasosiego y la preocupación de la población que esperaba órdenes en el contexto de incertidumbre reinante.

En términos generales, la gobernación provincial, la intervención de la CGT y el Partido Peronista (PP) de Tucumán se adhirieron a las disposiciones de duelo y los honores oficiales decretados a nivel nacional. La resolución de ministros del PE de la Nación declaraba el duelo nacional y disponía la suspensión de actividades oficiales durante dos días, la bandera nacional a media asta en todos los edificios públicos y unidades del ejército y el sostenimiento de 30 días de luto oficial, entre otras medidas. La resolución también precisaba el lugar y la fisonomía que debían seguir las honras fúnebres: el cuerpo sería velado en la sede del Ministerio de Trabajo y Previsión y sus restos serían guardados, “por expresa voluntad de la Sra. Eva Perón” en la sede de la CGT, hasta su traslado definitivo al monumento que se erigiría en su memoria. A su vez, disponían que el Ministerio de RREE y Culto gestionase que en “todos los templos se eleven rogativas por el alma de la ilustre dama” y que durante el sepelio todas las iglesias del país hicieran sonar sus campanas durante 5 minutos en señal de duelo.¹¹ Por su parte, la CGT y el Consejo Superior del PP también dispusieron homenajes y

⁸ Diario *La Gaceta* (en adelante LG), 27.7.1952

⁹ “Repercusión en el ambiente obrero” LG, 27.7.1952

¹⁰ LG, 27.7.1952

¹¹ Resolución de los ministros del poder ejecutivo nacional, Bs.As., 26 julio de 1952: (resolución s/n 26 julio 1952 (A de M.) BO 28-7-52 honras fúnebres a la Sra. Eva Perón. El PE de la provincia de Tucumán adhirió a la resolución a través de un decreto emitido el mismo 26 de julio 1952.

dictaron resoluciones pautando las formas del luto oficial que debían seguir sus afiliados.¹²

Las autoridades de la diócesis de Tucumán adhirieron al duelo decretado en la provincia, acatando lo dispuesto en las resoluciones gubernamentales.¹³ Al momento de producirse la muerte de Eva Perón, Mons. Juan Carlos Aramburu acababa de asumir la dirección provisoria de la Iglesia tras la muerte del obispo Agustín Barrere, acaecida en febrero de 1952. Asimismo, en el mes de junio se había efectuado la asunción del nuevo gobierno provincial después de que las elecciones otorgaran un triunfo abrumador al candidato del peronismo Luis Cruz. En este sentido, el escenario montado tras la muerte de Eva Perón favoreció los vínculos entre el poder político y religioso, donde las autoridades de ambas entidades afianzaron una relación caracterizada por la cordialidad y la estrecha colaboración institucional. Sin embargo, no sólo se trató de una oportunidad para que las flamantes autoridades legitimaran y robustecieran su presencia pública. En cierto sentido, la muerte de Eva Perón puso en el centro de la escena la apoteosis de la imbricación entre peronismo y catolicismo.

Veamos en primer lugar el rol de la Iglesia católica en un contexto en que se multiplicaron las manifestaciones de duelo oficial. Apenas circuló la noticia del deceso por los medios gubernamentales, el PE provincial publicó un decreto con las iniciativas que llevarían a cabo conjuntamente la Iglesia y el Gobierno. En primer lugar se disponían dos actos religiosos: una Misa Pontifical de Réquiem en la Catedral, que sería oficiada por Aramburu, y una misa en la iglesia de San Francisco, orden a la que pertenecía Evita como Hermana Terciara. Asimismo, los considerandos del decreto señalaban que ambas entidades harían officiar en todos los templos de la ciudad funciones religiosas. Durante los días de duelo se multiplicaron por doquier las misas en sufragio del alma de Eva Perón oficiadas por el Vicario Capitular o los sacerdotes diocesanos, a las que asistían las autoridades peronistas locales. El clima de fervor

¹² Todo peronista debía usar corbata negra durante tres días, luto en la solapa durante 30 días y en adelante asistir a los actos de gobierno con corbata de luto. La CGT declaró el duelo de todos los trabajadores disponiendo, entre otras cosas, paro nacional de actividades por dos días, duelo de 30 días y solicitando “que las campanas de las iglesias de todo el país doblen por el término de 5 minutos”. Resolución de la CGT, Bs.As., 26.7.1952, publicada en el Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados, 5.8.1952

¹³ Junto con su adhesión, los altos mandatarios de la diócesis enviaron a Perón telegramas de pésame y alabanza a la “infatigable luchadora y fiel colaboradora”, resaltando “sus ideales de justicia y redención social” y “su amor por los pobres”. Archivo del Arzobispado de Tucumán (AAT), Correspondencia Oficial, Joaquín Cucala, rector del Seminario de Tucumán, a Perón y Mons. Aramburu a Perón, 27 de julio de 1952.

religioso representado en las imágenes de las multitudes que desbordaban los templos llevo a la prensa a hablar de “un inédito acercamiento del pueblo a la iglesia”.¹⁴

En este sentido, caben destacar los actos organizados el 10 de agosto -día que culminaban los homenajes póstumos con el sepelio en la CGT- y el rol preponderante que asumió Aramburu en el despliegue de homenajes coordinados por el gobierno en Tucumán. El Vicario Capitular ofició la bendición del altar levantado en el salón blanco de Casa de Gobierno junto a las autoridades provinciales y a un numeroso público que se había reunido para seguir las oraciones. Con este acto se clausuraba el altar erigido en la plaza Independencia y se inauguraba el nuevo espacio destinado a los homenajes que la población rendiría en adelante a Eva Perón. Las crónicas periodísticas describieron con detalle el lugar de “culto” bendecido por Aramburu:

en el salón, sobre una pequeña plataforma, se colocó un retrato de Eva Perón con crespones negros. Sobre él un gran crucifijo tallado en madera de laurel, y ambos adornados con una corona de claveles blancos en forma de corazón. Al pie del altar, una alfombra negra con una cruz blanca. Arriba, pendiendo de una cornisa de la sala, un enorme paño con el nombre de Evita. A la derecha, un escudo del Partido Peronista y a la izquierda, un escudo argentino.¹⁵

Este lugar de homenaje oficial, por el que desfiló durante horas un numeroso grupo de personas y donde las mujeres se agolpaban para “orar con fervor”, condensaba en un espacio reducido los emblemas de la unión entre la Iglesia, el Estado y el partido.

Unas horas antes, el Vicario Capitular de la diócesis había participado en el acto de Plaza Independencia organizado por la CGT, el PE y las ramas masculina y femenina del PP con el fin de ofrecer el “último adiós a Eva Perón”. El acto, sincronizado con los homenajes que se realizaban en Capital Federal, tuvo su momento culminante a las 20.25 cuando Aramburu pronunció un responso en el altar levantado en las escalinatas de la Casa de Gobierno frente a una multitud que se emocionó y siguió “con unción los pasajes de la ceremonia religiosa”.¹⁶ Finalmente, tomó la palabra el Pbro. José Amado Dip –Prosecretario y Notario Mayor de la diócesis- quién se encargó de la oración fúnebre. Sus palabras resaltaron una imagen de Eva Perón asociada a los trabajadores, al sacrificio y a una vida de sufrimientos: “para los que han sabido de sus luchas, de sus reivindicaciones y de su generoso corazón, palpitará siempre la lección de su vida ennoblecida por el trabajo y el dolor [...] El dolor acerca a Dios. Eva Perón ha sabido

¹⁴ *LG*, 8.9.1952

¹⁵ *LG*, 11.8.1952

¹⁶ *LG*, 11.8.1952

sufrir. El dolor y el trabajo engendran la paz y la paz es obra de la justicia. Eva Perón fue un anhelo viviente de justicia”. Cerró su oración proclamando que “el nombre de Eva Perón ira prendido como un eco misericordioso sobre el dolor, la pobreza y el trabajo”.¹⁷ La crónica destacaba que la oración del religioso constituyó el momento más emotivo de los homenajes cuando la multitud expresó su intensa congoja a través de llantos y desmayos dando lugar a la intervención del personal de los puestos sanitarios.

No es difícil imaginar las experiencias sin precedentes por las que transitaron en esos días los sacerdotes, y en especial los curas párrocos, al tener que presidir misas y procesiones con antorchas, rezar responsos, y dirigir oraciones fúnebres ante las presencias multitudinarias en los templos y en los altares levantados “ex profeso”. Eran los sacerdotes quienes debían garantizar la apertura de las iglesias, oficiarse misas y contener ese “acercamiento inédito del pueblo a los templos” que describían una y otra vez las crónicas periodísticas. Al igual que sucedió con el Pbro. Amado Dip, las oraciones de los curas eran seguidas atentamente con fervor y emoción. Las misas dedicadas al alma de Eva Perón, mandadas a oficiarse por un amplio espectro de entidades peronistas, católicas y asociaciones en general, se volvieron la expresión por excelencia de adhesión al duelo.¹⁸ Los curas debieron enfrentar un aluvión de pedidos de oficio de misas y funerales solemnes. En ese sentido, resultan elocuentes los números de oficios religiosos que se efectuaron en sufragio del alma de la extinta hasta el 15 de septiembre: 335 misas rezadas, 252 funerales solemnes, “fuera de los novenarios de oraciones que se hicieran en todas las iglesias parroquiales”.¹⁹ Durante aquellos días de duelo los sacerdotes tuvieron un rol central y actuaron en vinculación estrecha con las entidades y las autoridades peronistas locales.

Ahora bien, ¿cómo interpretó el Obispo la diversidad de manifestaciones que se visibilizaron tras la muerte de Evita? Para esto resulta necesario tener en cuenta un episodio central que ocurrió durante aquellos días de duelo: la llegada de la Cruz de Jerusalén proveniente de Tierra Santa en su “cruzada de oración por la paz”. La Cruz, que recorría el mundo en manos de los misioneros franciscanos con el fin de llevar a cabo una “cruzada espiritual”, arribó a la provincia el 2 de agosto, momento que coincidía con el apogeo de las manifestaciones de dolor por la muerte de Eva Perón. El

¹⁷ *LG*, 11.8.1952

¹⁸ Resulta interesante destacar que numerosas asociaciones católicas mandaron a oficiarse misas por el descanso de Eva Perón, entre ellas se destacaron los jóvenes de AC quienes formaron una delegación para que viaje a la Capital Federal y asista al velatorio y al sepelio en la CGT. *LG*, 2.8.1952

¹⁹ Archivo del Arzobispado de Tucumán (AAT) Informe elevado por Aramburu a Benítez de Aldama, subsecretario de Culto, 16.10.1952, Carpeta con Correspondencia Oficial.

programa de oficios religiosos para homenajear la visita de la Cruz era sumamente abultado y se contemplaba que la imagen recorriera los pueblos del interior de la provincia visitando la mayor cantidad de parroquias posibles.

El fervor popular y las expresiones de fe y de adoración religiosa con las que fue recibida la Cruz a su llegada a la provincia deben enmarcarse en el clima de acercamiento a la iglesia que representaron los días posteriores a la muerte de Evita. Así lo entendió el Vicario Capitular, quién consideró que la cruzada espiritual llegaba en un momento muy oportuno dado que “el pueblo siente profundamente el deseo y la necesidad de orar” por lo que se esperaba que los fieles correspondieran al “llamado de la gracia de Dios”.²⁰ Desde su perspectiva, el pueblo de Tucumán había resurgido a su fe católica debido al proceso de dolor y sufrimiento. Por esta razón, los fieles recibirían con “verdadero fervor católico aquel emblema de su redención”.²¹ En sintonía con este diagnóstico, el sacerdote franciscano Fray Jesús Rodríguez reivindicó el momento que vivía el país como un verdadero “espectáculo de fe religiosa” iniciado cuando el pueblo imploraba a Dios por la salud de Eva Perón y “continúa hoy cuando ruega por su alma”.²²

Si la llegada de la Cruz fue asociada al proceso de duelo por la muerte de Eva Perón, la Iglesia, lejos de verse desplazada del espacio público, supo capitalizar esta situación y convertir la cruzada religiosa en un verdadero episodio de fervor popular católico.

La Cruz fue recibida en la Plaza Lamadrid por las autoridades eclesiásticas, políticas y militares, que encabezaron la procesión por las calles céntricas de la ciudad hasta el templo de San Francisco (frente a la plaza principal). La Acción Católica fue la encargada de organizar la procesión, cuyas columnas fueron nutridas por miembros de las congregaciones, cofradías, asilos y colegios religiosos junto a una “multitud” que pugnaba por ocupar los mejores lugares “a fin de ver y adorar la cruz”. Esta muchedumbre era contenida por el cordón policial que procuraba mantener el orden y por los soldados que custodiaban al Vicario Capitular, al superior franciscano y a las autoridades provinciales que rodearon la cureña con la Cruz a lo largo de su recorrido.²³ Sin embargo, fue imposible evitar la avalancha de fieles que empujaron para acercarse a la Cruz, mirarla, besarla y adorarla. Fue objeto de todo tipo de expresiones de

²⁰ *LG*, 1.8.1952

²¹ “Llegó a Tucumán la cruz de Jerusalén”, *LG*, 3.8.1952

²² “Solemnes actos hubo en el altar”, *LG*, 6.8.1952

²³ “Llegó a Tucumán la Cruz de Jerusalén”, *LG*, 2.8.1952

veneración: “hombres y mujeres la seguían haciendo la señal de la cruz, los labios entonaban los cánticos, las niñas de los colegios doblaban las rodillas a su paso”.

Resulta interesante destacar que el momento culminante de la procesión fue el homenaje a Eva Perón que, frente al altar levantado en la plaza Independencia, realizó la comitiva que llevaba la Cruz. Fray Antonio Rivas, uno de los portadores de la Cruz, ocupó el púlpito improvisado y habló de su significado realizando un paralelismo entre el calvario y la muerte de Jesucristo, representado en el emblema traído de Jerusalén, y el dolor sufrido por Eva Perón, quién según sus palabras “lleva en sí el recuerdo del Calvario”. Finalmente, la Cruz fue llevada a la iglesia donde los fieles desfilaron durante toda la noche para adorarla y besarla. Si desde la propia Iglesia se promovía la adoración a la Cruz como una forma de homenaje a Eva Perón, las expresiones de las multitudes que acudieron al templo nos remiten directamente a las manifestaciones de dolor y duelo de la población. Estas escenas de fe católica en las que los fieles, junto a las autoridades religiosas y políticas, se encolumnaban para venerar la Cruz, se repitieron durante un mes en la capital y en el interior de la provincia.²⁴

En síntesis, la muerte de Eva Perón y la llegada de la Cruz de Tierra Santa a la provincia de Tucumán crearon un clima propicio para el robustecimiento de la vinculación de la Iglesia y el gobierno. A lo largo de aquellos meses, fue indudable que las calles tucumanas eran peronistas y católicas, una combinación que en ningún sentido avizoraba aristas excluyentes.

Las expresiones populares frente a la muerte de Eva Perón

Realizadas en forma paralela a las acciones emprendidas por el gobierno y la Iglesia, las manifestaciones de adhesión al duelo fueron diversas entre la población. El dolor podía expresarse a través del uso de un crespón negro en la solapa, el envío de telegramas expresando condolencias a Perón, el oficio de misas en sufragio del alma de la extinta, de ofrendas florales en los altares levantados “ex profeso”, la organización del rezo de novenas²⁵, peregrinaciones a santuarios importantes²⁶, la conformación de “guardias de honor” en los altares cívicos, entre otras.

²⁴ Entre los homenajes realizados, cabe destacar el *Via Crucis* organizado por el Obispado en el que se dedico la penúltima estación a orar frente al altar levantado en plaza Independencia por Eva Perón. “Hubo en las calles un solemne *Via Crucis*”, *LG*, 8.8.1952

²⁵ La novena es un ejercicio de devoción que se practica durante nueve días para obtener alguna gracia, con una intención o para orar por un difunto. En general, la iniciativa de organizar novenas por Eva Perón surgía de algún vecino que reunía a un grupo de gente en alguno de los altares levantados en el barrio donde dirigía el rezo.

Apenas se conoció la noticia del deceso, una de las reacciones más extendidas entre la población fue la edificación de altares que con un retrato de Evita, una cruz y algunas ofrendas florales podían erigirse en ámbitos que combinaban la dimensión pública y la privada. En algunos casos, los relatos periodísticos sugerían una dinámica espontánea, en la que un grupo de vecinos erigía altares en sus domicilios particulares y, de este modo, ofrecían el espacio para rezar novenas en sufragio del alma de la extinta. En otros se hacía explícito que se trataba más bien de un conjunto de acciones pautadas: por ejemplo, el PPF local dispuso que en todas las Unidades Básicas se erigieran altares donde se organizarían rezos diarios. Lo cierto es que, haya sido impulsado desde arriba o formado parte de una iniciativa espontánea, durante las semanas que duró el duelo podían encontrarse este tipo de altares en todas las Unidades Básicas femeninas y masculinas, en las sedes sindicales, en estaciones ferroviarias, en comunas rurales, bibliotecas populares, escuelas y en las plazas principales de los pueblos y ciudades del interior.

Estos altares “simbólicos” o “cívicos” representaban el catafalco que resguardaba los restos de Evita, velados en el Ministerio de Trabajo y Previsión cuya sede se encontraba en la Capital Federal. En el escenario tucumano, el altar cívico más importante fue erigido en las escalinatas de la Casa de Gobierno, frente a la Plaza Independencia, a instancias de la CGT local: allí se llevaron a cabo los principales homenajes cívicos y religiosos. El altar consistía en una gigantesca cruz blanca donde la población se reunía para realizar ofrendas florales, colocar retratos de Eva Perón y donde “guardias de honor” la custodiaban las 24 hs. Tales guardias eran realizadas por miembros del PP y de los gremios obreros, cuyos órganos directivos combinaban los horarios a partir de listas que se confeccionaban a tal efecto.²⁷

Al levantar un altar se convertía inmediatamente al espacio físico involucrado en un lugar donde podía rendirse homenaje y elevar oraciones por Eva Perón. Junto a las iglesias, estos espacios se convirtieron en las “zonas de duelo”, lugares estipulados para la oración y las honras fúnebres donde acudía gente de diversas procedencias. Estas

²⁶ Hubo quienes por iniciativa propia hicieron peregrinaciones al santuario de la Virgen del Valle en Catamarca en homenaje a Eva Perón. En otros casos obreros realizaron peregrinaciones a pie hasta la Capital Federal para asistir al sepelio y expresar a Perón su dolor. *LG*, 31.7.1952 y 9.8.1952

²⁷ La CGT y el PP formaron comisiones de homenaje que se encargaban de confeccionar las listas de quienes harían las guardias (entre 2 y 3 hs). La obligación de inscribirse en dichas listas no se hacía explícita en la prensa, aunque los miembros del sindicato de obreros del ingenio Ñuñorco hicieron saber a través del diario local que era obligatoria la concurrencia de sus afiliados a la custodia del retrato, así como la asistencia al novenario que, en memoria de Eva Perón, se rezaba todos los días en la iglesia parroquial.

zonas eran fundamentalmente las plazas principales de ciudades y pueblos, donde acudían grupos de gente que se desplazaban en procesión desde poblaciones cercanas o apartadas. Uno de los acontecimientos más emotivos que reseñó la prensa fue la llegada de poblaciones alejadas a la plaza Mitre de la ciudad de Concepción, que fueron a rendir homenaje a Eva Perón frente a su retrato y después concurren al templo para asistir a un funeral solemne. En extensa peregrinación, llegaron grupos de obreros del campamento Las Lenguas que, acompañados de sus esposas e hijos, llevaron ofrendas florales. A ellos se sumaron grupos de hombres y mujeres de Arcadia, La Falda, el Pacará y finca Hidalgo “venidas a pie y portando en alto retratos del Gral. Perón y Eva Perón”.²⁸

En estos parajes apartados, como en el caso de Las Lenguas, apenas llegó la noticia del deceso se erigieron altares en casas de algunos vecinos y se colocaron retratos de Eva Perón, donde se rezaba todas las tardes el Santo Rosario. Sin embargo, ante la falta de un templo o una capilla cercana donde asistir a misa, la población organizaba traslados a la ciudad de Concepción. Este tipo de peregrinajes no eran excepcionales. Por el contrario, eran una escena repetida en muchos de los poblamientos que no contaban con templos: se improvisaban “zonas de duelo” alternativas a las iglesias pero no se dejaban de organizar peregrinaciones para asistir a las misas oficiadas en las capillas o iglesias más cercanas. Una pobladora del ingenio Santa Ana recordaba los velatorios realizados en las capillas ardientes de las colonias de obreros azucareros donde llegaban carros cañeros de todas partes llevando “a las mujeres vestidas de negro, con un pañuelo atado a la cabeza”.²⁹

La Iglesia católica acompañó a la población en la exteriorización del duelo y los actos de homenaje. Esta labor fue realizada fundamentalmente por los curas párrocos, quienes expresaron de forma más contundente su adhesión al duelo presidiendo las actividades organizadas en las localidades del interior de la provincia. Los curas párrocos bendecían los altares públicos y privados, oficiaban “misas de campaña” en plazas y sedes municipales, presidían las procesiones con antorchas llevando en sus manos el retrato de Eva Perón y exaltaban su figura cuando se dirigían a la población en las misas y homenajes.

²⁸ LG, 30.7.1952

²⁹ Testimonio de Elena Guraiib de Ahualli en Rosenzvaig Eduardo, *Santa Ana un modelo de cultura rural*, Instituto universitario de artes plásticas-aguilares, Facultad de Artes, UNT.

De acuerdo al modelo general, los actos contemplaban en primer lugar el oficio de un funeral solemne en la parroquia a la que pertenecía la entidad que oficiaba el homenaje. Seguidamente, desde el templo salía la procesión de antorchas hasta la plaza principal, donde se emplazaba el “altar cívico” para hacer las ofrendas florales correspondientes y dedicar oraciones al alma de la extinta. El ejemplo de Aguilares era representativo de este tipo de homenajes: los obreros de la industria azucarera ofrecieron un solemne funeral en el templo local, el cual se vio “desbordado” por la concurrencia. Inmediatamente después llevaron flores ante el retrato de Evita en la plaza principal. Por la tarde rezaron el novenario en la iglesia y salieron en procesión de antorchas alrededor de la plaza hasta el altar cívico donde permanecieron en silencio hasta las 20.25 hs.³⁰ Lo importante de resaltar es que estos homenajes eran casi siempre presididos por los curas párrocos. Es decir, los sacerdotes oficiaban la misa, encabezaban la procesión con antorchas y dirigían las oraciones frente al retrato de Evita en la plaza principal. Estas escenas se repetían en Monteros, Concepción, Acherel, Tafi Viejo, Bella Vista, Trancas, Famaillá, etc.

En síntesis, la escenificación del duelo integraba los homenajes religiosos en el templo y los homenajes cívicos en las plazas, municipios y procesiones con antorchas. Como vimos, en estas honras fúnebres los sacerdotes ocupaban un rol central, poniendo en escena los cruces entre religión y política.

Ahora bien, la interpretación de estas manifestaciones religiosas masivas que rodearon la muerte de Eva Perón resulta muy compleja. Si bien el gobierno, la propaganda oficial y las manifestaciones populares tendieron a resaltar las connotaciones extraordinarias atribuidas a la figura de Evita y explotaron los recursos mágico-religiosos para referirse a ella ¿hasta qué punto puede hablarse de los orígenes de un “nuevo culto” creado alrededor de “Santa Evita”?

En su estudio sobre la Iglesia y el peronismo, Lila Caimari desliza la propuesta de pensar las manifestaciones religiosas colectivas en el marco de las expresiones fúnebres tradicionales, donde se rezaba “por” Evita y no “a” Evita.³¹ De hecho, este es uno de los aspectos más interesantes que revelan los homenajes y que aún no ha sido estudiado. Es decir, de qué forma las exequias de Eva Perón vinieron a insertarse en la tradición de una religiosidad popular arraigada en la población local. Se trata de

³⁰ LG, 31.7.1952

³¹ Caimari Lila, *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina 1943-1955*, Ariel, Buenos Aires, 1995.

desentrañar los vínculos entre la religiosidad local y las manifestaciones de duelo por la muerte de Evita, con el fin de responder al interrogante sobre la forma a través de la cual se integró su muerte en el universo religioso preexistente. En ese sentido, Caimari plantea que resulta necesario seguir indagando en torno a las formas rituales de celebración de la muerte a nivel local: si bien las expresiones de dolor de la población podían presentar ciertas ambigüedades en el plano de la ortodoxia religiosa, no iban más allá de los tradicionales problemas de forma e interpretación de la religiosidad católica popular.³²

Ciertamente, existen algunos indicios para pensar la problemática de la muerte de Evita en esta dirección. Sería interesante, por ejemplo, profundizar el análisis de los homenajes religiosos que se realizaron en Trancas o en Monte Grande, departamento de Famaillá. Puede verse en estos casos una de las formas en las que la muerte de Eva Perón puso en movimiento una asidua religiosidad local. Para expresar sus sentimientos de pesar, la población de Trancas y las zonas rurales vecinas transportaron la imagen de San Francisco Solano desde la villa hasta la “fuente milagrosa” que llevaba el nombre del santo patrono local, a 7 Km de distancia. La peregrinación fue encabezada por el cura párroco Juan Urbanc junto a funcionarios provinciales y nacionales, dirigentes gremiales, Unidades Básicas, delegaciones escolares y obreros de colonias agrícolas vecinas. Durante todo el trayecto se pidió, a través de oraciones, por el alma de Eva Perón.³³

En el caso de Monte Grande, la muerte de Eva Perón coincidió con las misiones que llevaban a cabo en la zona los sacerdotes Lorenzo Picón y Felipe Ganz. La culminación de las mismas sería la bendición de la cruz colocada en una loma del lugar, para lo cual organizaron una peregrinación de fieles. Ese día, por iniciativa de la población, la columna portó un retrato de Evita y oró en sufragio de su alma durante los 6 Km recorridos hasta el pie de la cruz, donde depositaron el cuadro. Finalmente, los sacerdotes bendijeron a los presentes y rezaron por su eterno descanso.³⁴ Por último, cabe destacar el homenaje religioso organizado en la ciudad de Tafí Viejo por la Sociedad Argentina de Ayuda Mutua y Beneficencia. Después de la misa oficiada en el templo de la Inmaculada Concepción, la procesión salió portando la imagen de la Virgen de las Mercedes, patrona de la institución, cuyo destino era la sede social de la

³² Caimari Lila, *Perón y la Iglesia católica...*, Op. Cit. pág. 236.

³³ *LG*, 1.8.1952

³⁴ *LG*, 8.8.1952

entidad organizadora. Cuando llegaron, en el salón de actos colocaron la imagen de la Virgen al pie del altar levantado en homenaje a Eva Perón y elevaron rezos por su alma. Se dispuso que la Virgen “acompañaría” a Eva Perón durante los días de duelo.³⁵

No obstante, como veremos a continuación, el hecho de que los sacerdotes hayan avalado y propiciado estas formas de honras fúnebres -que daban cuenta a su vez de las formas de la religiosidad local- no significó que la jerarquía eclesiástica no haya buscado instaurar algunos “límites” a la proliferación de un “fervor religioso” que indudablemente escapaba a su control.

Establecer los “límites”: la jerarquía católica y las manifestaciones frente a la muerte

Tradicionalmente los obispos procuraron controlar los rituales que acompañaban y celebraban la muerte. El inicio y el fin de la vida de una persona eran pasajes acompañados de una serie de rituales y gestos que a su vez encadenaban las prácticas y creencias propias de cada comunidad.³⁶ El ceremonial religioso que rodeaba a la muerte fue pautado por la normativa eclesiástica que reglamentó la forma de las exequias fúnebres, sus diferentes momentos y los aranceles que se cobraban.³⁷ De este modo, en el marco de las ceremonias fúnebres originadas tras la muerte de Eva Perón, el Vicario Capitulare de la diócesis también procuró encauzar por el camino de la institucionalidad las manifestaciones religiosas que se multiplicaban entre la población.

Como ha sido señalado, el oficio de misas fue una de las formas más extendidas de expresar la adhesión al duelo decretado por el gobierno.³⁸ Sin embargo, las misas no se desarrollaban solamente en el marco de un templo, ya que también existían las “misas de campaña”: celebraciones llevadas a cabo en las plazas principales y en las sedes sindicales o partidarias. Tales oficios religiosos eran ofrecidos cuando se estimaba que la participación de la población iba a superar el espacio físico del templo, sin embargo, en el contexto descripto adquirieron también otro significado: una puja por las “zonas de duelo”.

³⁵ LG, 10.8.1952

³⁶ Barral María Elena, *De sotanas por la Pampa. Religión y sociedad en el Buenos Aires tardocolonial*, Buenos Aires, Prometeo, 2007. “Celebrar la muerte” pp. 175-195.

³⁷ *Segundo Sínodo Diocesano de Tucumán*. Escuela tipográfica del Colegio Salesiano Tulio García Fernández, 1931.

³⁸ La celebración de misas, incluidas las de cuerpo presente, ocupaban un lugar central entre el ceremonial regido por el ritual romano. El objetivo principal era conseguir que el alma del difunto se asegurase una estancia corta en el Purgatorio y suavizar los posibles castigos. Barral María Elena, *De sotanas...*, Op. Cit.

Resultan innumerables los pedidos de misas de campaña enviados al Obispado por las autoridades civiles y las distintas organizaciones de la sociedad. Si bien estos pedidos iban acompañados por el aval de los respectivos párrocos, para llevarlos a cabo se necesitaba la autorización del Vicario Capitular de la diócesis. Frente a la cantidad de pedidos que llegaron en el transcurso del primer mes de la muerte de Eva Perón, Aramburu resolvió no dar lugar a las solicitudes, procurando que los oficios fúnebres se realicen en el ámbito de un templo. Aramburu explicó los fundamentos de su decisión en una carta al Ministro de Gobierno, quien había solicitado una misa de campaña en la plaza principal para conmemorar el mes de la muerte de Eva Perón: “estamos obligados a velar por la pureza y autenticidad de la disciplina eclesiástica y si en otras circunstancias se permitió la celebración de misas de campaña [...] entendemos que hoy, dando cumplimiento a las prescripciones del derecho y la liturgia, los oficios fúnebres deben realizarse en el ámbito de una Iglesia.”³⁹ A cambio, Aramburu le ofreció officiar la misa en la iglesia Catedral.

Era muy difícil que esta decisión pudiera ser sostenida en un contexto en que muchas de las entidades que auspiciaban los oficios religiosos buscaban capitalizar las movilizaciones y las expresiones de pesar. Asimismo, las expectativas de los fieles, que esperaban rendir fervorosamente sus homenajes en espacios no acotados a la iglesia, fueron significativas. De hecho, el gobierno buscó la manera de officiar la misa en la plaza principal y recurrió al Ejército que, a través del Capellán Militar Manuel Ballesteros, auspició el funeral solemne con el que se conmemoró el cumplimiento del mes de la muerte de Eva Perón.

El objetivo perseguido por la jerarquía eclesiástica era encauzar las manifestaciones religiosas de la población en la senda de la religiosidad institucional, procurando acotar los homenajes religiosos al espacio de los templos. En efecto, las iglesias, como lugares de reunión, eran los espacios por excelencia donde se alojaba “lo sagrado”, donde había una autoridad clara -el cura-, y donde las formas de la religión estaban pautadas. Por el contrario, la “campaña” era el lugar de lo profano, un espacio más proclive a la multiplicación de las manifestaciones religiosas heterodoxas. No obstante, Aramburu se mostró flexible frente a los pedidos de misas de campaña y si bien siempre sugería que los oficios de las misas se lleven a cabo en el marco de las iglesias, conocía las implicancias y cedía ante la insistencia de los sacerdotes.⁴⁰

³⁹ AAT, Correspondencia oficial, Respuesta al ministro de gobierno Elizalde, 23 de agosto de 1952.

⁴⁰ Las cartas se encuentran en las carpetas con documentación sobre las parroquias resguardada en AAT.

Como señala William Christian, las expresiones de religiosidad local no siempre deben entenderse en términos de competencia con un catolicismo institucional. Se trataba de una negociación constante entre una religión prescrita y una religión observada (una religión en tanto práctica).⁴¹ Desde esta perspectiva, si bien la jerarquía católica buscó, a través de distintas estrategias, encauzar por el camino de la institucionalidad a las manifestaciones heterodoxas, también se adaptó a un contexto de demandas políticas y religiosas.

En efecto, la muerte de Eva Perón fue un escenario que propició la multiplicación de expresiones religiosas populares que se vinculaban a las formas que tenía la población de celebrar la muerte. Muchas de esas prácticas se alejaban de la estricta ortodoxia católica, tales como la introducción de retratos de Evita en los templos, la centralidad de su imagen en los altares y catafalcos o la atribución a su figura de características sobrenaturales. Sin embargo, el punto en que estas manifestaciones cruzaban el umbral permitido por la Iglesia era muy difuso. Para ello era central el comportamiento que siguieran los curas párrocos. Si bien los sacerdotes acompañaron a la población en sus expresiones de pesar, la muerte de Eva Perón también fue una coyuntura en la que se observaron tensiones que atravesaban a la institución eclesiástica en el nivel local. En este sentido, cabe destacar los problemas suscitados entre el cura párroco del ingenio *Santa Lucía* y un sector de la población a raíz de la resistencia del cura a officiar una misa en el sindicato que nucleaba a los obreros del establecimiento fabril con el objeto de conmemorar el aniversario de la muerte de Eva Perón. La condición que ponía el cura era que la misa se oficiara en la iglesia. Dada esta situación, los obreros se trasladaron a la parroquia con la imagen de Evita y la colocaron en el catafalco, oponiéndose a las órdenes del párroco que amenazó con cerrar la iglesia si no retiraban inmediatamente la foto de ese “lugar sagrado”. Sin embargo, los dirigentes sindicales enfrentaron al párroco y sostuvieron su posición.⁴²

Consideraciones finales

Tras la muerte de Eva Perón, la exteriorización de la adhesión peronista y el fervor religioso se vieron imbricados en las manifestaciones de duelo de la población tucumana. A lo largo del trabajo, se propuso pensar la centralidad que asumió la

⁴¹ William Christian, *La religiosidad local...* Op. Cit..

⁴² Este episodio fue relatado por Lucía Mercado en *El Gallo Negro. Vida, pasión y muerte de un ingenio azucarero*, 1997.

institución eclesiástica en el marco de las manifestaciones de duelo oficial proyectadas desde el Estado. Indudablemente, el gobierno recurrió a la Iglesia para gestionar los homenajes religiosos y le otorgó un rol predominante en los mismos. La puesta en escena de las honras fúnebres así como las oraciones dirigidas por la jerarquía y los sacerdotes pusieron de manifiesto la unión entre la Iglesia y el gobierno. En tal escenario podían leerse los entrecruzamientos de la religión y la política, es decir, los cruces entre peronismo y catolicismo.

De esta forma, a lo largo del trabajo pudimos observar a una Iglesia que no sólo se “sumó” a las manifestaciones colectivas de duelo sino que las promovió, las legitimó y en gran parte las presidió. Si bien la jerarquía reconocía que la ola de religiosidad no tenía su origen en una iniciativa eclesiástica la reconoció y valoró positivamente como una expresión de un “auténtico fervor religioso” e incluso intentó capitalizarla.

En este sentido, las expresiones religiosas originadas en la coyuntura de la llegada de la Cruz de Jerusalén a la provincia se volvieron indisociables de los sentimientos de dolor y las exteriorizaciones del duelo por la muerte de Evita. Ciertamente, fueron los propios miembros de la Iglesia los que promovieron en esa oportunidad el recurso a analogías religiosas que vinculaban la figura de Evita con pasajes bíblicos. Del mismo modo, a partir del análisis de la ritualidad desplegada alrededor de la Cruz, observamos cómo las autoridades católicas de la provincia modificaron el formato del ritual e insertaron la veneración de la Cruz en el circuito de duelo oficial.

Al cambiar el foco y centrarnos en las expresiones de duelo más allá de la perspectiva oficial, intentamos avanzar en el análisis de las diversas manifestaciones que -espontáneamente o promovidas desde arriba- se multiplicaron entre la población tucumana. Señalamos como formas de expresión colectiva en primer lugar el oficio de misas, pero también la erección de altares “ex profeso”, las procesiones de antorchas, las peregrinaciones, entre otras. Los curas párrocos tuvieron un rol destacado entre la población a la que acompañaron en los homenajes religiosos a través de su participación activa. Se repetían escenas en las que los curas presidían las misas seguidas de procesiones de antorchas, en las que lideraban los rezos y llevaban en alto el retrato de Evita.

De este modo, la muerte de Eva Perón puso en movimiento una serie de prácticas religiosas populares que desbordaron la iniciativa de la jerarquía y que, en muchos casos, excedieron a la ortodoxia católica. En este sentido, las manifestaciones

de duelo retomaron todo un espectro de prácticas religiosas tradicionales que fueron resignificadas en el mundo sindical y en los espacios propios del peronismo, como las Unidades Básicas, las sedes del Partido Peronista, los sindicatos y las escuelas. De alguna manera, los patrones de religiosidad popular se resignificaron y se readaptaron a ese mundo peronista.

Sin embargo, lejos de interpretar en este hecho una competencia entre la Iglesia y el peronismo en el ámbito de la religión o diagnosticar un factor de potencial conflicto entre ambos poderes, procuramos avanzar en la comprensión de la dinámica de funcionamiento de la institución eclesiástica y las formas de interacción con la religiosidad católica popular. En esta dirección, el esfuerzo por introducir una perspectiva que priorice una visión “desde abajo”, buscó dar cuenta de los puntos de contacto más que de la confrontación y la disidencia, aspectos que, como ha sido señalado, quedaron grabados en la historiografía. De este modo, sin negar las tensiones que en este sentido atravesaron a la Iglesia diocesana, preferimos destacar su flexibilidad en el contexto de demandas políticas y religiosas. Si hubo curas párrocos que participaron de las movilizaciones religiosas, oficiaron las misas y funerales solemnes, presidieron las procesiones con antorchas y los fieles requirieron de sus funciones para officiar los homenajes católicos, cabe preguntarse hasta qué punto la Iglesia sufrió un desplazamiento del espacio público o vio amenazado su monopolio de la movilización religiosa masiva. Por el contrario, a partir de este análisis consideramos que la muerte de Eva Perón generó un clima de fervor religioso inédito a partir del cual la Iglesia pudo robustecer su presencia pública.